

ABC Cultural celebra la concesión del Premio Nobel de Literatura a Günter Grass con un amplio dossier. Lo abre la crítica de su último libro, *Mi siglo*, a cargo de Luis Meana, e incluye fragmentos de esta obra, así como artículos de Cecilia Dreytmüller, J. Rafael Hernández Arias y Heinrich Vormweg. Los dibujos son del propio Grass

# La literatura que comienza

GÜNTER GRASS

*Mi siglo*

Traducción de Miguel Sáenz.

Alfaguara. Madrid, 1999.

432 páginas, 2.800 pesetas.

A este libro del Nobel Günter Grass, que lleva por título el algo engañoso epígrafe *Mi siglo*, habría que calificarlo de marcadamente viscontiano. No sólo por su empeño, algo melancólico, en la reconstrucción literaria de un pasado al que el tiempo va volviendo crecientemente anacrónico, sino, sobre todo, porque, del mismo modo que cada vez que un actor de Visconti abría un armario, el espectador se encontraba con los respuntes y objetos reales de la época, también el lector del libro de Grass se encuentra, al ir abriendo sus capítulos-cajones, con los emblemas, objetos, mercancías y cachivaches con los que se formó el siglo. Otra pequeñez, quizás más específica, le da al libro un aroma suavemente viscontiano: esa atiborrada colmena de sucesos, inventos, cacharros y perifoneos deja, lo mismo que las lujosas vidas y mansiones de Visconti, una extraña y paradójica sensación de vacío. Sensación que puede deberse a un extravío de Grass, a un pesimismo infundado o a una mirada poco objetiva mía, pero, en todo caso, tampoco ésa es una paradoja tan rara, pues esa discordancia entre follaje recargado y fondo huero está ya presente en otros análisis de la época, por ejemplo en el de Benjamin sobre la época de Kafka.

Lo que, por detrás y por el medio de ese atiborrado perifollaje, va asomando es la descripción subjetiva de Grass de los contenidos principales del siglo, es decir, la historia íntima de la centuria, con sus grandes simbologías y sus miserables manías: la huelga, el *canotier*, la revolución, el submarino, el gramófono, el fútbol, la bicicleta, los gases bélicos, la cultura proletaria, el charleston, el coche, el paro masivo y el patriotismo, la radio o el boxeo, los campos de concentración y los juegos olímpicos, el militarismo, el hierro, las bombas, y, por supuesto, la guerra, gran emblema demoníaco del siglo, y palabra que abre y cierra el volumen: «Eso, si no vuelve a haber guerra. Primero allá abajo, después en todas partes», dice la madre de Grass, a la que el autor ha resucitado imaginativamente, para concederle la conmovedora y autobiográfica historia final del libro.

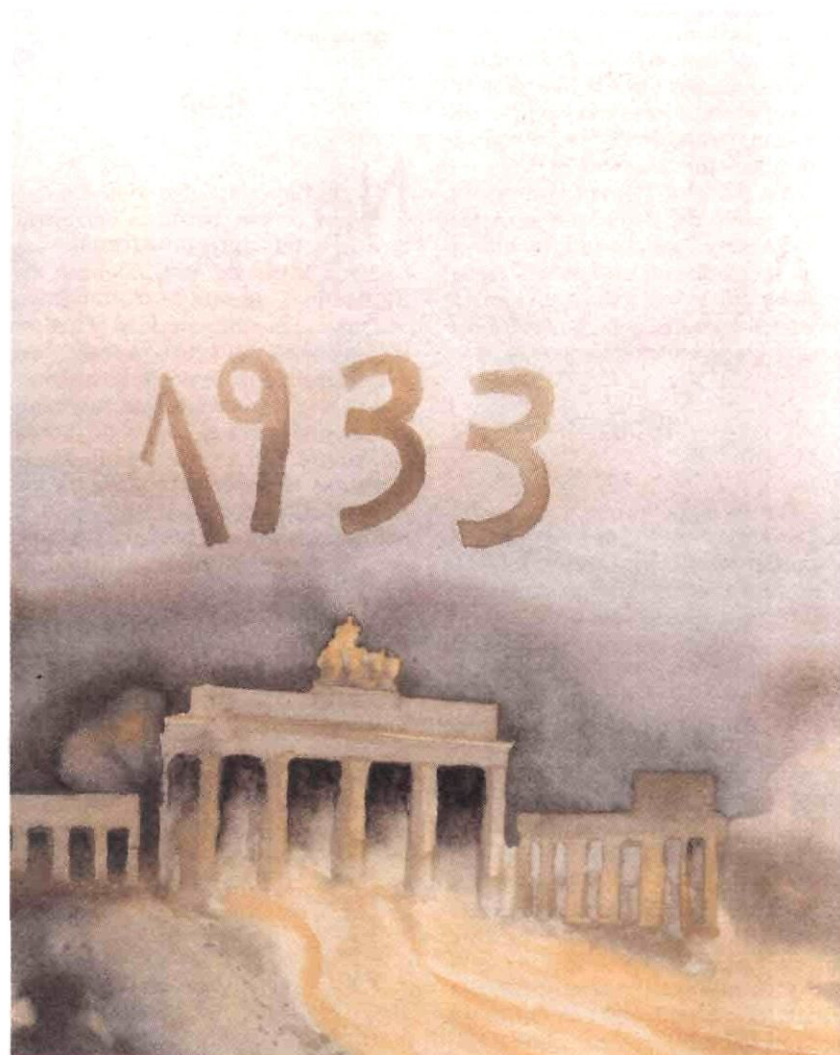
El recorrido por todos esos símbolos, realidades y cachivaches proporciona al lector algunas perlas literarias. El precioso, y preciosista, texto sobre el pintor Max Liebermann, con la narración, casi como a cámara lenta, del gran desfile de antorchas nazi en la



Dibujos de Günter Grass de la edición alemana de *Mi siglo* (*Mein Jahrhundert*. Steldl Verlag. Göttingen, 1999)



# y el siglo que se acaba



Puerta de Brandenburgo que lleva al pintor a pronunciar aquella frase histórica de «soy incapaz de comer todo lo que me gustaría vomitar». O la bella historia del niño proletario, al que su padre maquinista lleva a oír a Liebknecht, lo pone sobre sus hombros para que vea mejor al gran orador, y el niño se hace pis por la espalda del padre, lo que le vale una azotaina. O la otra historia del niño de hambre y de posguerra, al que la familia no encuentra forma de callar, hasta que la radio se convierte en el fetiche que para instantáneamente su llanto. También la vida y notarial reproducción del odio de tantos alemanes a Willy Brandt. O las diversas páginas dedicadas a figuras literarias: la descripción cargadamente distante e irónica del encuentro entre el «anarco» y el pacifista, o sea, entre Jünger y Remarque, que recrea críticamente aquel famoso y escandaloso texto jüngeriano, en el que el anarco se regodea en el reflejo estético de un París en llamas sobre el cristal de un vaso de vino de Borgoña; o las algo melancólicas descripciones de Benn y Brecht; la velada alusión al gran satírico de la lengua alemana, Tucholsky, a través de su seudónimo Peter Panter; o el retrato, dolido e hiriente, de la rota

amistad con Biermann. Y están, además, los pasajes más íntimos y autobiográficos de Grass: el año de nacimiento del escritor, el año de *Ser y Tiempo* y de la sublime manía de heideggerear; la campaña con Brandt, con los famosos incidentes en Kleppenberg; la campaña con Brandt, con los famosos incidentes en Kleppenberg; la lenta agonía del primer matrimonio con Anna, o el viaje por Italia con sus tres hijas, con la confesión pública de ser de tres madres distintas. Algunas de esas historias estaban ya en libros anteriores, en *Cuatro decenios* por ejemplo, pero reaparecen aquí con una perspectiva alterada, que sirve para describir el inmenso armario que es el siglo.

No es, por todo eso, un libro fácil. Ni de leer, ni de escribir. Aunque aparezcan, con cierta frecuencia, referencias a sucesos más universales (de España, concretamente, la historia del Alcázar, Puskas, bombardeo de Guernica, el Real o el Atlético de Madrid), el libro es muy alemán, contiene muchos guiños, alusiones o experiencias de la cultura alemana que hay que conocer bien para entenderlo. También por su construcción y concepción misma: contra lo que pueda sugerir el título, no se trata de una historia del siglo, ni de una bio-

«LO que va asomando es la descripción subjetiva de Grass de los contenidos principales del siglo, es decir, la historia íntima de la centuria, con sus grandes simbologías y sus miserables manías»

grafía del autor. Son, más bien, cien breves historias de ciudadanos anónimos y normales, de unas dos páginas, que cuentan cómo un hecho, idea o acontecimiento de un año marca su vida, *collage* que aprovecha Grass para componer la historia de lo que ha sido para él el siglo.

Como casi siempre, el libro ha tenido una acogida poco unánime en Alemania. El *Spiegel* publicó una reseña bastante crítica, en la que, entre otras cosas, le reprochaba a Grass el simulacro de una falsa biografía y haber desaprovechado la ocasión de presentar una auténtica y sincera obra autobiográfica. El *Die Zeit*, por su parte, fue

mucho más ditirámico. Sea lo que sea de este libro a veces algo desigual y con variados tópicos, en originalidad de concepción, inventiva y planteamiento es superior a los dos anteriormente publicados, *Malos presagios* y *Es cuento largo*, y mantiene, como ellos, la escritura magistral de siempre, como corresponde al mejor prosista alemán de la posguerra, mérito que, hasta los más pugnaces críticos, nunca le han negado, como tampoco le niegan merecer el Nobel. Sea lo que sea de todas esas polémicas sobre este escritor que se mezcla siempre en todo lo contemporáneo y que es, al mismo tiempo, contracorriente de todo lo meramente contemporáneo, un hecho debe ser resaltado en medio de tantas críticas o complacencias: el hondo significado simbólico de la publicación de este libro y la concesión del Nobel. Queriéndolo o sin quererlo, ambos hechos cierran, oficialmente, el período literario de la contradictoria República de Bonn, y de la generación que la hizo posible, de la que Grass ha sido símbolo y enseña, y abren, literariamente, la naciente República de Berlín. Y la incógnita de su incierto futuro literario.

Luis Meana